

Javier Marías

Tomás Nevinson



Dos hombres, uno en la ficción y otro en la realidad, tuvieron la oportunidad de matar a Hitler antes de que éste desencadenara la Segunda Guerra Mundial. A partir de este hecho, Javier Marías explora el envés del «No matarás». Si esos hombres quizá debieron disparar contra el Führer, ¿cabe la posibilidad de hacerlo contra alguien más? Como dice el narrador de Tomás Nevinson, «ya se ve que matar no es tan extremo ni tan difícil e injusto si se sabe a quién».

Tomás Nevinson, marido de Berta Isla, cae en la tentación de volver a los Servicios Secretos tras haber estado fuera, y se le propone ir a una ciudad del noroeste para identificar a una persona, medio española y medio norirlandesa, que participó en atentados del IRA y de ETA diez años atrás. Estamos en 1997. El encargo lleva el sello de su ambiguo exjefe Bertram Tupra, que ya, mediante un engaño, había condicionado su vida anterior.

La novela, más allá de su trama, es una profunda reflexión sobre los límites de lo que se puede hacer, sobre la mancha que casi siempre trae la evitación del mal mayor y sobre la dificultad de determinar cuál es ese mal. Con el trasfondo de episodios históricos de terrorismo, Tomás Nevinson es también la historia de qué le sucede a quien ya le había sucedido todo y a quien, aparentemente, nada más podía ocurrir. Pero, mientras no terminan, todos los días llegan.

*Para Carme López Mercader,  
que, lejos o cerca, confinados o no,  
alegres o menos —ella siempre más  
alegre que yo—,  
me ha acompañado sonriente en este libro  
desde el principio hasta el final*

I

Yo fui educado a la antigua, y nunca creí que me fueran a ordenar un día que matara a una mujer. A las mujeres no se las toca, no se les pega, no se les hace daño físico y el verbal se les evita al máximo, a esto último ellas no corresponden. Es más, se las protege y respeta y se les cede el paso, se las escuda y ayuda si llevan un niño en su vientre o en brazos o en un cochecito, les ofrece uno su asiento en el autobús y en el metro, incluso se las resguarda al andar por la calle alejándolas del tráfico o de lo que se arrojaba desde los balcones en otros tiempos, y si un barco zozobra y amenaza con irse a pique, los botes son para ellas y para sus vástagos pequeños (que les pertenecen más que a los hombres), al menos las primeras plazas. Cuando se va a fusilar en masa, a veces se les perdona la vida y se las aparta; se las deja sin maridos, sin padres, sin hermanos y aun sin hijos adolescentes ni por supuesto adultos, pero a ellas se les permite seguir viviendo enloquecidas de dolor como a espectros sufrientes, que sin embargo cumplen años y envejecen, encadenados al recuerdo de la pérdida de su mundo. Se convierten en depositarias de la memoria por fuerza, son las únicas que quedan cuando parece que no queda nadie, y las únicas que cuentan lo habido.

Bueno, todo esto me enseñaron de niño y todo esto era antes, y no siempre ni a rajatabla. Era antes y en la teoría, no en la práctica. Al fin y al cabo, en 1793 se guillotizó a una Reina de Francia, y con anterioridad se quemó a incontables acusadas de brujería y a la soldado Juana de Arco, por no poner más que un par de ejemplos que todos conocen.

Sí, claro que siempre se ha matado a mujeres, pero era algo a contracorriente y que en muchas ocasiones daba reparo, no es seguro si a Ana Bolena se le concedió el privilegio de sucumbir a una espada y no a una tosca y chapucera hacha, ni tampoco en la hoguera, por ser mujer o por ser Reina, por ser joven o por ser hermosa, hermosa para la época y según los relatos, y los relatos jamás son fiables, ni siquiera los de testigos directos, que ven u oyen turbiamen- te y se equivocan o mienten. En los grabados de su ejecu- ción aparece de rodillas como si estuviera rezando, con el tronco erguido y la cabeza alta; de habersele aplicado el hacha tendría que haber apoyado el mentón o la mejilla en el tajo y haber adoptado una postura más vejatoria y más incómoda, haberse tirado por los suelos, como quien dice, y haber ofrecido una visión más prominente de sus posaderas a quienes desde su ángulo se las encontrarán de frente. Curioso que se tuviera en cuenta la comodidad o compos- tura de su último instante en el mundo, y aun el garbo y el decoro, qué más daría todo eso para quien ya era inminente cadáver y estaba a punto de desaparecer de la tierra ba- jo la tierra, en dos pedazos. También se ve, en esas repre- sentaciones, al «espada» de Calais, así llamado en los tex- tos para diferenciarlo de un vulgar verdugo —traído *ex pro- feso* por su gran destreza y quizá a petición de la propia Reina—, siempre a su espalda y oculto a su vista, nunca de- lante, como si se hubiese acordado o decidido que la mu- jer se ahorrara ver venir el golpe, la trayectoria del arma pe- sada que sin embargo avanza veloz e imparable, como un silbido una vez que se emite o como una ráfaga de viento fuerte (en un par de imágenes ella lleva los ojos vendados, pero no en la mayoría); que ignorara el momento preciso en que su cabeza quedaría cortada de un solo mandoble limpio, y caída en la tarima boca arriba o boca abajo o de lado, de pie o de coronilla, quién sabía, desde luego ella no lo sabría jamás; que el movimiento la pillara por sorpre- sa, si es que puede haber sorpresa cuando uno sabe a lo

que ha venido y por qué está de rodillas y sin manto a las ocho de la mañana de un día inglés de aún frío mayo. Está de rodillas, justamente, para facilitarle la tarea al verdugo y no poner su habilidad en entredicho: había hecho el favor de cruzar el Canal y de prestarse, y a lo mejor no era muy alto. Al parecer, Ana Bolena había insistido en que con una espada bastaba, ya que su cuello era fino. Debió de rodeárselo con las manos más de una vez, a modo de prueba.

Se le tuvo mayor miramiento, en todo caso, que a María Antonieta dos siglos y medio más tarde, a la que cuentan que se le dio peor trato en su octubre que a su marido Luis XVI en su enero, él la había precedido en la guillotina unos nueve meses. Que fuera mujer no contó para los revolucionarios, o quizá es que la consideración del sexo les pareció antirrevolucionaria en sí misma. Un teniente llamado De Busne, que le mostró cierto respeto durante la custodia previa, fue arrestado y relevado en seguida por otro guardián más desabrido. Al Rey sólo le ataron las manos a la espalda cuando llegó al pie del patíbulo; el recorrido hasta allí lo hizo en un coche cubierto, cerrado, el del alcalde de París según creo; y pudo elegir al sacerdote que lo asistió (uno no jurado, es decir, que no había jurado lealtad a la Constitución y al nuevo orden que cambiaba a diario y lo condenaba). A su viuda austriaca, por el contrario, le ataron las manos ya antes del paseíllo, que hubo de efectuar en carreta, más vulnerable y expuesta al odio desatado en las caras y a los improperios del gentío; y sólo le ofrecieron los servicios de un sacerdote jurado, que ella declinó educadamente. Dicen las crónicas que la educación que le faltó durante su reinado la dispensó en los últimos instantes: subió los peldaños con tanta agilidad que tropezó y le pisó un pie al verdugo, con el que se disculpó de inmediato como si tuviera esa costumbre (*Excusez-moi, Monsieur, le dijo*).

Tiene la guillotina sus preámbulos de oprobio obligado: los condenados no sólo llevaban las manos atadas atrás,

sino que una vez arriba se les ceñían los brazos al torso con una cuerda tirante, premonición del amortajamiento; al quedar rígidos y torpes, casi inmovilizados y sin poderse valer por sí mismos, dos auxiliares debían alzarlos como a un paquete (o como se hacía más tarde con los enanos a los que se disparaba desde un cañón en los circos) y deslizarlos o empujarlos boca abajo, completamente horizontales, tumbados, hasta que su cuello encajaba en el hueco asignado. En eso María Antonieta sí se igualó a su marido: los dos se vieron así cosificados en el momento postrero, manejados como bultos o balas de lana o como torpedos de un submarino arcaico, como fardos cuya cabeza asomaba antes de salir rodando de manera imprevisible, sin dirección ni sentido hasta que la detuviera alguien agarrándola del pelo, a la vista de la muchedumbre. A ninguno le pasó, en todo caso, lo que a San Dionisio según un cardenal francés maravillado de que, tras su martirio y decapitación durante las persecuciones del Emperador Valeriano, hubiera caminado con su cabeza cortada bajo el brazo desde Montmartre hasta el lugar de su enterramiento (aligerando considerablemente la labor de los porteadores), donde se erigió luego la abadía o iglesia de su nombre: una distancia de nueve kilómetros. El portento dejaba al cardenal sin habla, aseguraba, pero en realidad enardecía su verbo, de modo que una ingeniosa dama que lo escuchaba lo interrumpió, rebajando con una sola frase la hazaña: «¡Ah, señor! —le dijo—. En esa situación, sólo el primer paso cuesta».



Sólo el primer paso cuesta. Quizá se podría decir eso de todo, o de la mayoría de los esfuerzos y de lo que se hace con desagrado o repugnancia o reservas, es muy poco lo que se acomete sin ninguna reserva, casi siempre hay algo que nos induce a no actuar y a no dar ese paso, a no salir de casa y no movernos, a no dirigirnos a nadie y a evitar que otros nos hablen, nos miren, nos digan. A veces pienso que nuestras enteras vidas —incluso las de las almas ambiciosas e inquietas y las impacientes y voraces, deseosas de intervenir en el mundo y aun de gobernarlo— no son sino el largo y aplazado anhelo de volver a ser indetectables como cuando no habíamos nacido, invisibles, sin desprender calor, inaudibles; de callar y estarnos quietos, de desandar lo recorrido y deshacer lo ya hecho que nunca puede deshacerse, a lo sumo olvidarse si hay suerte y si nadie lo cuenta; de borrar todas las huellas que atestigüen nuestra existencia pasada y por desgracia aún presente y futura durante un tiempo. Y sin embargo no somos capaces de intentar dar cumplimiento a ese anhelo que ni siquiera nos reconocemos, o lo son tan sólo los espíritus muy valientes y fuertes, casi inhumanos: los que se suicidan, los que se retiran y aguardan, los que desaparecen sin despedirse, los que se ocultan de veras, es decir, los que de veras procuran que jamás se los encuentre; los anacoretas y ermitaños remotos, los suplantadores que se sacuden su identidad («Ya no soy mi antiguo yo») y adquieren otra a la que sin vacilaciones se atienen («Idiota, no creas que me conoces»). Los desertores, los desterrados, los usurpadores y los desmemoriados, los que en verdad no recuerdan quiénes fueron y se convencen de ser quienes no eran cuando eran niños o

incluso jóvenes, ni aún menos en su nacimiento. Los que no regresan.

Lo que más cuesta es matar, es un lugar común que sobre todo suscriben los que nunca lo han hecho. Lo dicen porque no se imaginan a sí mismos con una pistola o un cuchillo, o con una cuerda para estrangular o un machete, la mayor parte de los crímenes llevan su tiempo y requieren un esfuerzo físico, si son cuerpo a cuerpo, e implican peligro (nos pueden arrebatarse el arma en un forcejeo y ser nosotros quienes acabemos fiambre). Pero la gente se acostumbró hace mucho a ver rifles con mira telescópica en las películas, a los que sólo hay que apretar el gatillo para acertar y haber terminado, una tarea limpia y aséptica y con escaso riesgo, y hoy ya ve cómo alguien opera un dron a miles de kilómetros del objetivo e interrumpe una vida o varias sintiéndolo como ficción, como un acto imaginario, como un videojuego (el resultado se contempla en pantalla) o, para los más arcaicos, como el golpeo de la gruesa bola de acero en un *flipper*, contra la que combatimos. Aquí sí que no hay riesgo posible ni sangre que nos salpique la vista.

También cuesta, se supone, por la irreversibilidad del hecho, por su carácter definitivo: matar significa que ya no haya más en el muerto, que nada más brote de él, que ya no discurra ni alumbre ideas, que no pueda rectificarse ni enmendarse ni reparar daño alguno ni ser convencido; que deje de hablar y de obrar para siempre, que ya nadie cuente con él y ni siquiera respire ni mire; que resulte inofensivo y aún más, del todo inservible: como un electrodoméstico averiado que pasa a ser un engorro, sólo un trasto que entorpece y se debe apartar del camino. La mayoría de las personas lo ven demasiado drástico, excesivo, tienden a

pensar que hay salvación para cualquiera, en el fondo creen que podemos cambiar todos y también ser perdonados, o que cesará una peste humana sin necesidad de aniquilarla. Y además los otros dan pena en abstracto, cómo voy a quitarle la vida a nadie. La pena, sin embargo, amaina ante lo concreto, si es que no desaparece, a veces de golpe. Si es que no la suprimimos de cuajo.

Recuerdo una vieja película de Fritz Lang, era de 1941, estaba hecha en plena Guerra Mundial, cuando ni siquiera los Estados Unidos habían intervenido y parecía imposible que Inglaterra resistiera sola contra Alemania, el resto de Europa sometido por ella o a sus órdenes de buen grado. Y empezaba de la siguiente manera: un hombre vestido de cazador, con sombrero, bombachos, polainas, interpretado por Walter Pidgeon, se acercaba con un rifle de precisión hasta un saliente o terraplén o precipicio, en un paraje frondoso de Baviera. Es el 29 de julio de 1939, tan sólo treinta y seis días antes del inicio de esa Guerra, y el lugar resulta ser Berchtesgaden, donde Hitler poseía una *villa* a la que se retiraba con frecuencia, incluso en medio de la contienda, el sitio mejor guardado de Alemania durante sus estancias. El cazador divisa algo al otro lado del terraplén o precipicio —tal vez es como el foso que resguarda un castillo—, se tumba boca abajo entre la maleza y observa con sus prismáticos. El rostro se le ve sorprendido y excitado por lo descubierto, y entonces saca de su zamarra la mira telescópica y la encaja en su arma y la ajusta a quinientas cincuenta yardas, poco más de quinientos metros. Lo que está contemplando es al mismísimo *Führer* en una terraza, paseando y conversando con un subordinado, un alto oficial de la Gestapo, recuerdo su extraño nombre medio inglés, Quive-Smith, interpretado por George Sanders con un monóculo y chaqueta blanca y pantalón oscuro, un uniforme muy parecido al que todavía en los años setenta lucían en las Cortes de Franco los procuradores falangistas, el estilo nazi los cautivó hasta el final.

En un primer momento Quive-Smith tapa a Hitler, el cazador no lo tiene en el punto de mira y se seca el sudor de la frente, nervioso. Pero al poco el oficial se marcha y el mayor criminal se queda solo. Ahora sí está a su alcance, en la diana. El cazador lleva el dedo al gatillo y tras una breve vacilación dispara. Sólo se oye un clic sin detonación, el arma no está cargada. Walter Pidgeon se ríe y le hace un gesto de adiós con la mano desde el ala de su sombrero. El espectador está al tanto de que hay un soldado armado en su cercanía, que patrulla el terreno y aún no ha visto al cazador oculto.

No sé qué explicará la novela en la que se basaba la película, pero lo que ésta muestra es que Pidgeon, tras el disparo fingido, se da cuenta de pronto de que *puede* matar a Hitler, de hecho acaba de hacerlo de mentirijillas. Mete entonces con prisa una bala en la recámara y apunta de nuevo. El *Führer* continúa allí, está de frente, todavía no se ha retirado y su pecho sigue a tiro. Cuando más tarde es capturado e interrogado, el cazador le asegura a Quive-Smith o Sanders que jamás pensó disparar, que el desafío consistía tan sólo en comprobar que *podía* hacerlo, que había llegado hasta su guarida sin ser detectado ni interceptado. Se trata de lo que él llama «un acecho deportivo». Abatir la pieza es una mera certeza matemática una vez que se la tiene al alcance y bien enfocada con el visor. No hay mérito en apretar el gatillo, él hace mucho que ha renunciado a ello, hasta con un conejo o una perdiz. Pero para que el juego fuera serio y no una simple parodia, el rifle debía estar cargado. «Su cálculo de la distancia es asombroso, casi sobrenatural», le reconoce Quive-Smith, él mismo aficionado a la caza: tal como estaba ajustada la mira, lo ha verificado, le faltaban solamente diez pies, unos tres metros, para impactar en el objetivo. «Un hombre así no puede vivir», añade. La observación de Sanders, sin embargo, resulta ambigua para el espectador. Pidgeon es el Capitán Alan Thorndike, un cazador internacionalmente célebre, de he-

cho su interlocutor lo conoce y lo admira, sabe de sus hazañas en África. Cabe deducir que ese mínimo error de tres metros era deliberado y que Pidgeon está diciendo la verdad, que nunca pensó meterle a Hitler una bala en el corazón. En serio, no.

Tal como se desarrolla la secuencia, también está cargada de ambigüedad: uno no está seguro de si Thorndike se ha encontrado al *Führer* por azar o si andaba buscándolo, por improbable que lo primero parezca. Da la impresión, en todo caso, de que sólo se le ocurre matar cuando ve lo concreto, cuando se da cuenta de a quién tiene a tiro. O ni siquiera, es más lento aún. Después de su simulacro, después del clic con el arma descargada y el adiós con la mano tras tocarse el ala del sombrero y la risa festiva de satisfacción, el cazador hace ademán de retirarse, se echa hacia atrás como quien ha cumplido su misión y nada más le queda hacer allí, en aquel saliente frente a la famosa mansión de Berchtesgaden. Y es entonces cuando cambia su expresión, se torna grave y más impaciente, como si ahora le faltara el tiempo, también más determinada (no demasiado, pero más). Es en ese momento cuando parece venirle la idea de que lo que ha sido un ensayo, una pantomima, una diversión —un acecho deportivo—, se puede convertir en realidad y alterar el curso de los acontecimientos. De que está en su mano, en su dedo, rendirles a su país y a medio mundo un gran favor, y eso que el 29 de julio de 1939 todavía nadie se imaginaba cuán inmenso llegaría a ser tal favor. Lo que le suceda a él no cuenta, difícilmente lograría escapar, sólo cuenta la excitación. Así que mete la bala en la recámara, una sola, seguro de que dará en el blanco fácil, de que acertará y no necesitará un segundo disparo. Vuelve a acariciar el gatillo y está a punto de apretarlo, esta vez con consecuencias, consecuencias personales e históricas. En un instante, el *Führer* muerto y ensangrentado, borrado de la faz de la tierra que está a punto de dominar y arrasar, tirado en el suelo de su terraza, inservible, un des-

pojo, un estorbo que ensucia, un resto. Habría que retirarlo de allí como a un gato despanzurrado, qué poca distancia entre el todo y la nada, entre la vida feroz y la muerte, entre el pánico y la piedad.

No sé la novela en que se basó, ya digo, pero la película no nos aclara nunca la definitiva intención de Thorndike el cazador, porque nada está hecho hasta que no está hecho del todo y ya no puede deshacerse, hasta que ya no hay vuelta atrás. Una hoja vuela desde un árbol y le cae sobre la mira. Malhumorado, Pidgeon la aparta, pierde la visual un momento y recobra su posición. Ha de volver a enfilar a Hitler, ha de tenerlo de nuevo nítido en su visor o las matemáticas no podrán culminar su infalible cálculo y el gato seguirá vivo y rondando, maquinará y arañará y rasgará. Pero ahora ya es tarde, una hoja que vuela es bastante para que el tiempo se acabe: el soldado que patrulla lo ha descubierto y se abalanza sobre él, y la única bala sale perdida hacia ningún sitio, en el forcejeo entre los dos.